

@jesucristoargentina f @XJ* * * * *

ARMONIA

de las 7 Palabras



PRIMERA PALABRA

"PADRE, PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN".(Lc.23,34)

En el umbral del misterio de la Cruz, la primera palabra de Jesús, se alza como un acto de amor que desarma toda lógica humana. En medio del dolor, la injusticia y la violencia, EL no condena: intercede. No señala: comprende. No destruye: restaura. Su corazón, traspasado por la ingratitud y la crueldad, permanece abierto para amar.

El profeta Isaías lo había anunciado: "El fue traspasado por nuestras rebeldías, triturado por nuestras culpas; soportó el castigo para alcanzar La Paz, y con sus heridas nos sanó". (Is 53,5).

Los evangelistas nos muestran la dureza de aquel momento: Mateo, relata que los bandidos crucificados con El, lo insultaban (Mt 27,44). Marcos, menciona el vinagre que le dieron y las burlas que le hicieron (Mc 15,36). Y, sin embargo, en medio de ese océano de desprecio, Jesús pronuncia la palabra más desconcertante y sublime: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34).

Juan, nos recuerda que Jesús, "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1), un amor, que sostiene su súplica, e inaugura el perdón.

En Cristo, descubrimos el origen y la plenitud del perdón. A El, acudimos hoy para pedir su misericordia: Por olvidarnos de El, cuando herimos a nuestros semejantes, cuando faltamos al respeto, cuando juzgamos, cuando somos indiferentes, o cuando la envidia invade nuestro ser.

Por qué así, como es incierto el futuro de una familia donde no habita el perdón, también lo es, el futuro de un país, donde el odio, el miedo, y la violencia prevalecen sobre la justicia, la generosidad, la humildad y el amor.

Jesús nos invita a perdonar sin medida, setenta veces siete, no como cálculo, sino cómo estilo de vida, que rompe la espiral del rencor.

Es a Jesús crucificado, a quien debemos volver la mirada, para que junto con El, constrúyanos un presente en paz, y un futuro lleno de esperanza.

SEGUNDA PALABRA

“HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO” (LC.23,43).

Queridos hermanos, en esta tarde contemplamos la segunda palabra de Jesús en la Cruz: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Son palabras pronunciadas en medio del dolor, pero llenas de esperanza. Jesús, aun agonizando, abre las puertas del cielo a un hombre que solo pudo ofrecerle su fe y su confianza.

El ladrón no tenía obras que mostrar, ni méritos que defender. Solo tuvo la valentía de reconocer a Jesús como Rey y pedir: “Acuérdate de mí”. Y esa súplica humilde bastó para que Cristo le regalara la gracia de la salvación. Aquí descubrimos que la fe no es acumular logros, sino abrir el corazón a la misericordia de Dios.

Hoy, en nuestra realidad marcada por la incertidumbre, la violencia, la soledad y el miedo, esta palabra nos recuerda que la fe es confianza radical: creer que Dios está con nosotros incluso en la hora más oscura. Jesús no promete un futuro lejano, dice “hoy”. La fe nos permite experimentar ya la paz de Dios, incluso en medio de las pruebas.

Pero esta fe no es pasiva. El ladrón reconoció a Jesús en la cruz; nosotros estamos llamados a reconocerlo en los crucificados de hoy: los pobres, los migrantes, los enfermos, los descartados. Una fe viva y comprometida nos impulsa a estar con ellos, como Jesús estuvo con aquel hombre en su agonía.

Hermanos, la segunda palabra de Jesús es un llamado a confiar, a esperar y a comprometernos. Que nuestra fe no se quede en palabras, sino que se traduzca en gestos concretos de amor y solidaridad. Y esa certeza nos sostiene y nos envía a ser testigos de su misericordia en el mundo.

Señor, concédenos una fe viva que nos impulse a acompañar con ternura a nuestros hermanos enfermos, ancianos y frágiles, a ser tu presencia consoladora en medio de su sufrimiento y a recordarles que nunca están solos, porque tú mismo les dices: “Hoy estarás conmigo”.

TERCERA PALABRA

“MUJER, AHÍ TIENES A TU HIJO”. “HIJO AHÍ TIENES A TU MADRE”.

Juan 19, 25-27

Con la expresión **“Mujer, ahí tienes a tu hijo”**, Jesús en su infinita misericordia le está entregando a María la responsabilidad de ser Madre de todos nosotros, para que ella nos brinde su protección, nos impulse a compórtanos como verdaderos hijos de Dios.

Con la expresión **“Hijo ahí tienes a tu Madre”**, nos dice que recibamos y honremos a María como nuestra verdadera Madre que esta en el cielo, para que nunca nos sintamos solos, la amemos, respetemos, y por medio de su intercesión lleguemos a Jesús.

Señor Jesús, te agradecemos por tu amor indescriptible para con nosotros, nuestras familias, amigos; gracias por darnos este gran don de vida y salvación. Gracias por dejarnos a tu Madre como intercesora y Madre nuestra, por permitir que nos acoja como sus hijos; brindándonos protección, refugio y amor infinito.

Aceptamos a la Virgen María como nuestra Madre, prometemos no alejarnos de su lado, respetándola, cumpliendo los mandamientos de la Ley de Dios y poniendo en práctica los Sacramentos.

Honraremos a tu Madre la Virgen María, a través de las acciones con nuestro prójimo, especialmente con los más débiles, ayudando a las personas que no tienen un techo donde refugiarse, visitando a los enfermos, acompañando a las personas mayores que se encuentran solas, practicando las obras de misericordia Corporales y Espirituales.

Amado Jesús, ayúdanos a seguir por el sendero correcto, a caminar como dignos discípulos tuyos; para que guiados por el Espíritu Santo y la Virgen María, tu sacrificio, tus sufrimientos en la Cruz, los valoremos, así mismo sean nuestra fortaleza, para nutrir y testimoniar la FE de la Iglesia.

CUARTA PALABRA

“ ¡DIOS MIO, DIOS MIO!, ¿PORQUE ME HAS ABANDONADO?

A esa misma hora, Jesús gritó con fuerza: “Elí, Elí, ¿lemá sabactani?” Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?

Allí, crucificado, Jesús permanece, no renuncia. Jesús soporta, calla, cree y ama. Ese grito desgarrador “Dios mío, Dios mío” sigue resonando hoy, no para provocar lástima, si no para revelar el precio de nuestra redención. El maestro, después de verse despojado de todo; llora y ora. ¿Que más le queda a un hijo moribundo que ha ofrendado hasta la última gota de su sangre? A Jesús le queda la oración, en la que estrecha y hace cercana la relación con su Padre.

También hoy, al escuchar la cuarta palabra de Jesús en la cruz, descubrimos que incluso en su dolor más profundo, Él comparte nuestra fragilidad humana. Él conoce el sufrimiento de tantas personas que en este momento sienten angustia, los que luchan por el pan de cada día, los que sufren los horrores de la guerra, los enfermos y los cautivos.

Esta palabra asimismo nos invita a no ser indiferentes al clamor de nuestros hermanos. En medio de nuestra realidad, hemos visto cómo podemos responder a ese grito a través de la solidaridad de la comunidad: los alimentos que se entregan gracias a la generosidad de muchas personas, las visitas a los enfermos y el acompañamiento a los privados de libertad son signos de que Dios no abandona a su pueblo; al contrario, se hace presente en los sentimientos de quienes comparten.

Así, nuestra fe se vuelve viva cuando vemos el dolor del otro y respondemos con amor, cuando compartimos y tenemos gestos de caridad, cada una de estas manifestaciones son una forma concreta de decirle al hermano que sufre: “no estás solo, Dios no nos abandona”

Cuando Jesús se entrega totalmente por nosotros, nos enseña que debemos abrir el corazón hacia los demás. En nuestra realidad social, creer, significa también mirar al hermano que sufre, porque es en los momentos difíciles donde podemos ser una luz de fe y esperanza.

QUINTA PALABRA

“TENGO SED”

Señor Jesús,

Desde lo alto de la cruz por amor a nosotros, pronunciaste una palabra breve, pero llena de profundidad: “TENGO SED”; No era solo la sed de tu cuerpo herido y agotado, era también la sed de tu corazón, la sed de amor, de justicia y de fe en la humanidad.

Hoy, Señor, al mirar nuestra realidad, comprendemos que nuestro mundo también tiene sed:

- . Hay sed de paz, en medio de tanta violencia.
- . Sed de justicia, en donde todavía existen desigualdades y exclusión.
- . Sed de esperanza, en tantas familias que luchan cada día para salir adelante; viviendo con preocupaciones por la unión, la comprensión, y por el futuro de sus hijos; hogares donde el cansancio provoca discusiones. Hogares donde el miedo y la incertidumbre quieren apagar la esperanza.

Pero tu Señor, también tienes sed de nosotros.

- . Sed, para que nuestra fe no se quede solo en palabras, sino que se haga vida para que aprendamos a vivir como hermanos y abramos el corazón al que sufre.
- . Sed de justicia y esperanza, donde la dignidad humana es olvidada y muchos han dejado de creer.

Por eso hoy queremos responder a tu sed, Señor.

- Queremos saciar tu sed siendo más solidarios, compartiendo con quien tiene menos, acompañando a quien sufre, defendiendo la dignidad de cada persona.
- Que nuestra fe no se quede solo en palabras, sino que se convierta en gestos concretos de amor, de justicia y de servicio.
- Que nuestras familias aprendan a vivir la fe en lo cotidiano: en el respeto, en el diálogo, en la paciencia y en la ayuda mutua.

Danos, Señor, un corazón sensible ante el dolor del mundo. Que sepamos reconocer tu rostro en el que sufre, en el que tiene hambre, en el que está solo, en el que pierde la esperanza.

Y así, Señor, cuando escuchemos tu palabra desde la cruz: “TENGO SED”, ayúdanos a responder con nuestra vida, siendo agua de esperanza para los demás y testigos de tu amor en medio de nuestra realidad.

Amén

SEXTA PALABRA

TODO ESTÁ CONSUMADO.

No se trata de un final triste ni lamentable, sino de un grito de victoria por haber dado todo con plenitud por un propósito de vida. En medio del dolor otorgado a lo largo de su pasión, Jesús sabía que había llegado a su meta con todo su amor, su humildad y la obediencia que un hijo da hacia su Padre, cumpliendo la difícil misión que Dios le encomendó: su muerte para dar la vida eterna.

Esta plenitud con la que Jesús vivió su pasión se basó en llegar a la meta, afrontando todas las dificultades y problemas durante el recorrido al Calvario. Él tuvo que enfrentarlos sin rendirse ni esquivarlos, soportando todo tipo de angustias, ansiedades, preocupaciones y tristezas, sin estar perturbado, hasta el momento de la consumación de su obra, donde Jesús finalizó su propósito de vida con su muerte, aceptando la vida que su Padre le propuso vivir.

Como humanidad, esto nos invita a cuestionarnos profundamente: ¿cómo estamos viviendo nuestras vidas?, ¿de qué manera afrontamos los problemas que el mundo nos presenta?, ¿realmente estamos dispuestos a dar lo mejor de nosotros? ¿Estamos viviendo para servir a los demás? Estos interrogantes, encuentran su respuesta en el ejemplo de Jesús, quien no sólo habló, sino que actuó con coherencia y amor.

Él nunca se rindió; por el contrario, cumplió su misión entregándose por completo a los demás, poniendo el amor por encima del dolor. Se sacrificó por todos, cargó con cada sufrimiento sin huir, y permaneció firme hasta el final, incluso cuando su cuerpo ya no resistía más.

Su vida se convierte así; en un llamado a vivir con propósito, valentía y entrega sincera

SÉPTIMA PALABRA

” PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU” (Lucas 23, 46)

Ya no hay gritos, ni violencia. Un silencio profundo lo envuelve todo. A los pies de la cruz; su Madre, el discípulo amado y unas cuantas mujeres esperan el desenlace. Muchos de los que alguna vez lo siguieron se han marchado, dominados por el miedo o la confusión, sin haber comprendido plenamente el significado del camino del Mesías. Jesús queda sumido en la soledad y el abandono.

Y es entonces cuando, desde la cruz, transforma ese abandono humano en la más alta expresión de confianza: **“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”** (Lc 23,46). El Hijo se abandona totalmente en los brazos del Padre que lo envió al mundo en la fragilidad de nuestra condición humana. Ahora, después de haber amado hasta el extremo, entrega su vida con plena confianza.

¡Cuánto amor se revela en esa cruz! Inclinando la cabeza, Jesús entrega al Padre el dolor del rechazo y la misión cumplida, aunque no todos la hayan comprendido. Y en ese momento la creación misma parece estremecerse: el velo del templo se rasga, la tierra tiembla, el cielo se oscurece. Es como si Dios manifestara al mundo quién es aquel que muere en la cruz. Por eso el centurión puede proclamar: **“Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”**. (Mt 15,38).

Entonces comprendemos que el amor comienza en Dios, como nos recuerda la Escritura: “En esto está el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero y envió a su Hijo como víctima por nuestros pecados”. (1Juan 4,10)

En este **Trienio de la Fe**, esta Palabra nos invita a aprender de Jesús el abandono confiado en el Padre, especialmente cuando vivimos momentos de cansancio, incertidumbre o soledad. No podemos seguir dejando a Cristo solo en la cruz. Lo acompañamos cuando acompañamos al que sufre, al enfermo, al pobre, al olvidado, al que pierde la esperanza. Porque también se nos ha dicho: “El que ame a Dios, ame también a su hermano”. (1Juan 4,21)